

◆ Una educación para el desarrollo sostenible en sociedades rurales

J. Carlos González Faraco
Universidad de Huelva

INTRODUCCIÓN

Han pasado diez años desde que la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo acuilató el concepto de desarrollo sostenible en su conocido informe *Nuestro futuro común* (1987). Pronto este concepto se convirtió en la divisa del ambientalismo de finales de siglo, concitando toda clase de adhesiones. La Estrategia Mundial para la Conservación, promovida por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (U.I.C.N., 1990), lo adoptó de inmediato como eje central de sus propuestas para los noventa. Por fin, parecía que habíamos encontrado una guía segura para hacer compatible el desarrollo económico, particularmente el de las regiones más desfavorecidas, con la preservación de los recursos naturales del planeta. En la Cumbre de Río, celebrada en 1992, el desarrollo sostenible volvió a ser el centro de los discursos, pero en ellos las divergencias primaron sobre los acuerdos. Pronto, quedaron al descubierto sus muchas sombras conceptuales y las extraordinarias dificultades que suponía aplicarlo en contextos concretos. Mientras mantenía su condición de ambigua teoría -*gran relato*, diríamos en términos postmodernos- su aceptación era unánime. Cuando aterrizaba en conflictos locales su contenido se volvía polémico.

Como toda idea pretendidamente aséptica, aceptable por todos, el desarrollo sostenible puede ser utilizado, al mismo tiempo y para fines contradictorios, por adversarios ideológicos u oponentes políticos. Es lo que suele suceder cuando se suscita la cuestión de la crisis Norte-Sur o cuando se debaten proyectos de conservación ecológica de parques y reservas en zonas deprimidas. Los países endeudados, en un caso, y las sociedades locales, en el otro, pueden llegar a sospechar que con ese concepto, importado del discurso ambiental hegemónico, lo que se quiere es maquillar una nueva forma de colonialismo, a una u otra escala (WEST y BRECHIN, 1991: LEIS, 1992). Éste queremos que sea el punto de arranque y uno de los focos de este capítulo.

Nuestro interés no es el de explicar con pormenores los conceptos expresados o implícitos en su título (desarrollo sostenible, sociedad rural, cultura popular, educación ambiental, etc.), sino poner en cuestión su significado más tópico y discutir sobre su utilización sociopolítica. En otras palabras, ¿es que podemos seguir hablando de desarrollo sostenible de una manera tan retórica y, por ello, tan poco comprometedora? ¿Es que la ruralidad es un fenómeno unívoco e inmutable? ¿Qué entendemos por cultura popular cuando pensamos en el desarrollo sostenible de comunidades rurales? ¿Presta algún servicio a las comunidades el modelo educativo-ambiental basado en la concienciación y en la sensibilización? Y en consecuencia, ¿qué horizontes debería marcarse una educación comunitaria en favor del desarrollo sostenible?

EL DESARROLLO SOSTENIBLE: DE LA CANTIDAD A LA CALIDAD

Crecer no es igual a desarrollarse. Sin embargo, la versión más recurrente del desarrollo sostenible, entre sus promotores políticos y entre sus destinatarios, es la que lo equipara a crecimiento económico sostenido, a ser posible con una inicial y potente inversión de fondos públicos en infraestructuras y equipamientos. De ese modo, el desarrollo del potencial endógeno de una comunidad estaría al par de una asistencia técnica y financiera exterior que tiende a perpetuarse. El proceso de crónica dependencia en que incurren las sociedades asistidas no moviliza sus recursos humanos. En el mejor de los casos, mejora su renta *per capita* y su nivel de consumo, sin asegurar su mantenimiento en el futuro inmediato. En cuanto al poder político decisorio, se reproduce en ellas una distribución jerarquizada de roles que impide o restringe gravemente el protagonismo de las comunidades *en vías de desarrollo* en asuntos que afectan a su propio destino.

Contamos con otra versión del desarrollo sostenible que contradice a la anterior. Es la que defiende el discurso *verde* más simplificador, y por eso, es fácil blanco de las críticas de sus enemigos más feroces. En este discurso, se identifica al desarrollo sostenible con el retorno a una economía cerrada y autosuficiente, basada en técnicas y usos tradicionales y en sentimientos nostálgicos. Es, en cierto modo, el regreso a una supuesta "edad dorada" en la que las relaciones del hombre con el medio se regían por el respeto y la mutua ayuda. Su mensaje, casi religioso, está cargado de recelos contra la modernización y sus perversiones. Lo paradójico es que puede llegar a causar, en sociedades periféricas, un impacto similar al de la versión *desarrollista* anterior: mantener su dependencia y su marginalidad, apostando por una supuesta e improbable autosuficiencia.

Frente a estas dos versiones reduccionistas y, por ende, equívocas, cabe afirmar que el desarrollo sostenible es tal vez el modelo económico que precise de un mayor grado de incorporación de nuevas tecnologías, aplicadas a la explotación racional de los recursos naturales y a la implantación de procesos productivos *limpios*.

Por esa razón, es el modelo que requiere una más profunda reconversión del aparato productivo, una constante innovación en el tipo de actividades económicas

a potenciar, una reconversión más ardua del tejido empresarial y, desde luego, una fuerza laboral más y mejor formada. Sin tener en cuenta estos indicadores cualitativos, cuya expansión requiere un horizonte a medio y largo plazo, hablar de desarrollo sostenible es un mero circunloquio y un pretexto de probada utilidad para el discurso ambientalista oficial.

CULTURA DEL PUEBLO VERSUS CULTURA DEL CIUDADANO

Toda institución es proclive a fomentar un saber hermético gremial y a producir modelos para la acción social (BERGER y LUCKMAN, 1994). Así sucede en el campo ambiental y, dentro de él, en el de la conservación de la naturaleza (recursos naturales, biodiversidad, etc.). La original concepción del desarrollo sostenible, en el Informe *Nuestro futuro común*, no es ajena a este modo de construir un corpus de conocimientos y pautas para intervenir. Ya ha sido citado muchas veces el ejemplo de la mujer africana cocinando con leña en una cazuela de barro, con gasto energético muy alto, frente a la escandinava con su olla a presión de bajo consumo. La moraleja era que la solución de la deforestación y consecuente desertización que aqueja a gran parte del África subsahariana pasa por una optimización científica y tecnológica que aminore el consumo de recursos poco renovables, como la leña. El desarrollo sostenible habría de sustentarse, por ello, en mejoras científicas y técnicas que regularan los procesos económicos, sin alterar necesariamente las bases del modelo mercantil en una economía global (PÉREZ AGOTE, 1979). Pero el problema, referido al ejemplo culinario, es que nos hemos situado *al final* de un largo proceso que comienza con la explotación de las materias primas necesarias para fabricar y hacer funcionar un artilugio metálico calentado con gas. Aunque gran parte de las materias primas se encuentran en las áreas más pobres del planeta, su control, comercialización y transformación se realiza en los centros de decisión política y económica del mundo desarrollado.

Si el desarrollo sostenible no afronta estas causas radicales de la desigualdad, que son también las de la degradación ecológica, su viabilidad y alcance serán muy limitados, incluso cuando dice actuar en favor de las culturas locales.

En efecto, uno de los habituales aderezos del desarrollo sostenible es la recuperación y puesta en valor de las tradiciones ancestrales de las sociedades rurales.. Se trata de configurar un desarrollo a la medida de las culturas locales y no frente a ellas, desde una óptica relativista. Esta idea se ha incorporado a la generalidad de los proyectos de preservación de espacios naturales, mediante gerencias de fomento u otro tipo de agencias cuyo papel es el de movilizar la iniciativa local a través de programas de ayuda económica y técnica. En los Parques Naturales franceses, donde este tipo de estrategias tiene ya una cierta trayectoria (GUTH, 1989), se optó por un modelo de gestión descentralizado y menos tecnocrático que el que se viene aplicando en sus homónimos españoles (DÍAZ OJEDA y OJEDA RIVERA, 1995). Si tal impulso de la iniciativa local no produce los efectos deseados, lo que por desgracia es corriente, otros actores foráneos toman enseguida posiciones aventajadas, dejando una vez más a los habitantes rurales en pasiva expectación con un rol

secundario que, en sus situaciones extremas, podríamos calificar de neocolonial. Este papel, que los deja al albur de decisiones económicas y políticas de otros, no es sólo consecuencia de un proceso de institucionalización erróneo e injusto. En casos, la población rural ha ido cayendo en una especie de comfortable inmadurez, al socaire de riesgos empresariales o arduos proyectos de cualificación, aferrada a los frágiles pero contantes beneficios de un discurso *indigenista o autoctonista* que los políticos locales no dudan en airear.

Lo vernáculo se transforma así en el arma predilecta del mensaje populista. Hacia dentro, sirve para promover la cohesión en torno al poder local y el espíritu gregario frente a un teórico enemigo exterior. Hacia fuera, vale para obtener provecho político y económico mediante su conversión en mercancía de lo puro y lo genuino frente a lo extraño o lo adulterado. El orgullo populista tiene su envés en la conducta *miserabilista*, aunque tanto uno como otra son mistificaciones igualmente deplorables (GRIGNON y PASSERON, 1992). En este caso, se trata de denostar la cultura popular, por sus muchas carencias y atrasos, y reclamar el derecho al desarrollo, desde un victimismo de pedigüño que siempre achaca a otros las penurias propias. La soberbia y la defensa a ultranza de las diferencias *culturales* se truecan por la postración y el deseo de parecerse a los demás, aunque reconociendo la inferioridad. Sin el menor reparo, muchos gobernantes usan estas dos perspectivas simultáneamente, sin entrar en la cuestión de fondo: la diferencia radical que hay entre la *cultura popular* y la *cultura política*.

En los proyectos de desarrollo sostenible para áreas periféricas, esa diferencia suele obviarse, o bien poniendo en primer plano a la cultura popular, o bien arrinconando en una ampulosa declaración de buenos deseos a la cultura política. La primera, que concierne al *pueblo* -concepto del que se abusa no poco-, es observada como un organismo autónomo y autocomplaciente, al margen de todo análisis político o social. Su respeto y consideración se han convertido en el talismán de cualquier propuesta económica de desarrollo local. La segunda, que concierne al *ciudadano*, representa el caudal cultural que permite a los miembros de una comunidad tomar parte activa en las decisiones que les afectan. La cultura política se basa en el análisis histórico e ideológico de las condiciones de vida y contempla la cultura como un fenómeno complejo y en movimiento, y no como una unidad homogénea y aislada. En ausencia de una sólida cultura política, los planes de desarrollo sostenible derivan en formas políticas paternalistas y oligárquicas y crean un sistema cultural dual o darwinista, como se suele nombrar también en el campo social (AV.AV., 1994).

De una parte, se sitúan quienes poseen el conocimiento técnico y científico, normalmente procedentes del exterior. Su papel debería ser provisional pero suele acontecer que terminan ocupando definitivamente los cargos decisorios de las nuevas instituciones que se crean para poner en marcha el proyecto de desarrollo sostenible. No es raro que tales instituciones se vayan burocratizando y sus miembros organizándose en un nuevo gremio o corporación. En ese caso, los técnicos acaban por convertirse en burócratas. De cualquier manera, su conocimiento, con-

seguido en procesos de habilitación académica, les confiere la legitimidad y, en teoría, les proporciona la capacidad para influir en las decisiones fundamentales, a veces con cierta sujeción a filtros democráticos locales de relativa representatividad y limitado efecto, a veces sin ningún impedimento. En principio, deberían alentar la capacitación de la población local con el fin de que, sin ningún privilegio por razones de nacimiento, ésta pudiera ir haciéndose con las riendas del proyecto de desarrollo al cabo de algunas generaciones. Lamentablemente, como ya hemos dicho con anterioridad, el desarrollo sostenible se vuelve en demasiadas ocasiones un simple plan de choque en infraestructuras y equipos, que se esfuma cuando cesa la inversión, sin dejar fuentes de riqueza duraderas.

En el otro polo, están quienes atesoran el conocimiento de la experiencia acumulada, extraordinariamente ensalzada por la ideología ambiental. Su valor cultural es indudable, pero está muy limitado por estrictas coordenadas locales. Su mantenimiento, como si se tratara de un bien patrimonial, lo transforma en un objeto inerte, es decir, lo desnaturaliza, porque en realidad se trata de un producto histórico y, por tanto, dinámico, al compás de los cambios en la estructura social y el estilo de vida. Confiar a las sociedades locales la exclusividad de su salvaguarda, como un espléndido regalo, es una concesión lógica pero también inquietante, porque de ese modo se les asigna un rol más próximo a la custodia de la tradición que al protagonismo en su porvenir. Podría decirse, con palabras de P. Freire, que las sociedades locales se vuelven objetos a los que hay que sensibilizar y concienciar para que no agredan los bienes culturales y naturales del territorio donde viven. Esa objetivación -que podría derivar incluso en un renovado pintoresquismo- no les va a capacitar para dirigirlo, tan sólo para admirarlo, y contribuir a su conservación desde una posición de receptores pasivos en continuada dependencia. Tal rol proviene, entre otras cosas, de un visión estereotipada y esquemática de las sociedades rurales, entendiendo lo rural como algo completamente opuesto a lo urbano.

LA RURALIDAD COMO MITO DEL DISCURSO AMBIENTAL

Nuestra sociedad de la información es también la sociedad del *week-end*, que es la representación más periódica del ocio: ese tiempo ritual de la sociedad del consumo. Hoy uno de los destinos preferidos para cumplir con ese rito, y dar rienda suelta a nuestra capacidad de dominar el espacio y el tiempo con los coches, es el campo, o al menos su representación a escala. Este regreso a los bosques, a los pueblos, a las raíces si se quiere, es uno de los signos más distintivos de la cultura urbana contemporánea. Puede que esta recuperación del paraíso perdido, a la búsqueda de aire puro y de una paz añorada, guarde relación con los efectos de la masificación de las ciudades, la industrialización y otros muchos problemas que aquejan la vida en las urbes. (NEWBY y SEVILLA, 1983). Pero esa estampida, hoy masiva cada tarde de viernes, no es nueva. De hecho el amor por las soledades agrestes de las montañas ha sido cultivado desde tiempo inmemorial, si bien su sentido actual tiene un origen relativamente próximo. La creación del Parque Nacional de Yellowstone en 1874 puede servirnos de fecha de referencia para analizar,

no sólo la historia del conservacionismo, sino ese amor romántico por las purezas naturales.

Lo que entonces era una afición minoritaria de caballeros y deportistas amantes del exotismo, la aventura o la caza, al amparo a veces de estructuras políticas coloniales, se iría convirtiendo, con el correr de los años, en una práctica extendida sancionada con formas institucionales diversas. Tras la II Guerra Mundial, se produjo un brusco giro en este como en otros campos, en sintonía con un clima de fuerte contestación social. El movimiento ecologista enarboló la bandera de la defensa de la naturaleza desde posiciones absolutamente críticas contra el sistema económico occidental (COLOM y MELICH, 1994). El regreso a una vida rural libre de toda la corrupción de la sociedad de consumo fue para muchos la solución deseable. Mientras los habitantes de los pueblos emigraban a las ciudades, el mito de la ruralidad crecía y alcanzaba ya a estratos sociales cada vez más extensos. Y de ese modo, ya en el último cuarto de siglo, *lo verde* fue dejando de ser cosa de unos pocos para ser, convenientemente *ablandado*, una referencia cultural adoptada por muchos. Al mismo tiempo iba perdiendo parte de su identidad política original para ser sinónimo de consumo de calidad. Lo paradójico es que cuando millones de ciudadanos escapan de sus bloques de apartamentos para gozar con el silencio del campo, se suelen encontrar con muchos de sus vecinos.

Muchos han caído en la cuenta de la trascendencia económica de esta pauta cultural tan masiva (SILVERSTEIN, 1991), y por eso la industria ecoturística está logrando un mercado cada vez más próspero y creativo. Sólo mediante el ingenio, y una buena capacidad de persuasión, puede crear en sus clientes la ilusión de que van a vivir una aventura en espacios naturales donde acuden, cada año, millones de visitantes (MARCHENA, 1992; MÚGICA, 1994). Lo que se identificó en los años sesenta con una filosofía vital emparentada con viejas filosofías orientales o con una ética ecocéntrica (BUCHAN, 1994, FERRY, 1994), se está volviendo una mercancía. Pero se trata de una mercancía construida, como todas, sobre percepciones sociales estereotipadas, alimentadas por los medios de comunicación de masas con toda clase de mensajes emotivos e imágenes espectaculares.

Salvo contados casos, en áreas del planeta poco comunicadas, una buena cantidad de sociedades a las que llamamos rurales se encuentran en situaciones de transición hacia formas comunitarias imprevisibles. En algunos lugares, los procesos modernizadores las dirigen hacia modelos típicamente urbanos; en muchos otros, se mantienen largo tiempo en una situación indecisa en la que se mezclan factores novedosos con residuos del pasado, con desequilibrios y conflictos de todo orden. El empeño de muchos planificadores del desarrollo por partir de una visión de lo rural como algo monolítico y estático es sorprendente, pero probablemente forma parte de los mitos de la sociedad de la información, tan dada a ofrecer imágenes tan impactantes como esquemáticas. Porque, ¿qué aplicación a nuestra realidad cultural pueden tener, por ejemplo, los modelos dicotómicos clásicos de Durkheim, Tönnies, Redfield o incluso de Hawley? (KONIG, 1971). Lo rural y lo urbano, a estas alturas, son parte de un continuo cultural que no se puede seccionar en dos polos, si no es a riesgo de desfigurar la realidad en favor de un patrón falso. Adjudicar a las so-

ciudades rurales el papel de tales en los programas de desarrollo acaba siendo más que una estrategia de respeto a la diferencia, una manera de marginarlas de la toma de decisiones.

UNA EDUCACIÓN PARA LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA Y LA AUTOGESTIÓN DEL DESARROLLO LOCAL

El desarrollo sostenible es un modelo sumamente exigente. Como mínimo deberían darse tres grupos de factores para considerar que una sociedad adopta adecuadamente este modelo:

- Una mejora en el grado de satisfacción o bienestar, medido no sólo por el nivel de crecimiento de la renta *per capita*, sino por indicadores de calidad de vida.
- Avance en las libertades, entendidas como superación de la ignorancia y la miseria, lo que implica avanzar en las capacidades, los conocimientos, las posibilidades y las oportunidades.
- Un creciente sentido de independencia respecto del Estado, de su asistencia o subvención, y una paulatina disminución de la dominación por terceros.

Como fácilmente se deduce de esta requisitoria, el desarrollo sostenible implica, entre otras cosas, un sustancial esfuerzo educativo, que naturalmente desborda el espacio y el tiempo escolar, y precisa de acciones muy prolongadas. Hablamos de la construcción de una cultura ambiental a la medida de comunidades enfrascadas en procesos de transición conflictivos, con el fin de "*recuperar la inteligencia social*" (HERNÁNDEZ MONTESINOS, 1990). Es decir, con el fin de generar una cultura política de participación de las sociedades locales en sus proyectos de desarrollo endógeno, sobre la base de su acumulación histórica, pero mediante una capacitación a la altura de los tiempos. Por eso, aplicar cansinamente las estrategias más convencionales de lo que se conoce por Educación Ambiental significa contribuir, sobre todo en la población adulta, a su reclusión en un papel secundario, a su objetivación. Educarse ambientalmente debería implicar, por contra, un fin social de gran alcance: subvertir los roles que los programas de desarrollo crean y hacen perdurar, impidiendo o dificultando la paulatina incorporación de los pobladores locales a la gestión directa de los proyectos.

BIBLIOGRAFÍA

- BERGER, P. y LUCKMAN, T. (1994): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 12ª reimp.
- BIFANI, P. (1984): *Desarrollo y medio ambiente*. Madrid: M.O.P.U.
- BUCHAN, G.D. (1994): "Ode to Planet Earth". *Journal of Environmental Education*, 26 (1): 5-8.
- COLOM, A. J. y MELICH, C. (1994): *Después de la modernidad. Nuevas filosofías de la educación*. Barcelona: Paidós.

- DÍAZ OJEDA, F. y OJEDA RIVERA, J. F. (1995): "Politiques de protection des espaces naturels. Le cas andalou". *Strates*, 8: 81-91.
- FERNÁNDEZ, J. y PRADAS, R. (1996): *Los Parques Nacionales (una aproximación histórica)*. Madrid: Organismo Autónomo de Parques Nacionales.
- FERRY, L. (1994): *El nuevo orden ecológico*. Barcelona: Tusquets.
- GONZÁLEZ FARACO, J. C. (1992): "Conservación de la naturaleza y desarrollo: la acción educativa en un conflicto social". *Bordón*, 45 (3): 221-228.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J. C. (1992): *Lo culto y lo popular*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- GUTH, M.O. (1989): "Le pari ambitieux des Parcs Naturels Régionaux: concilier le développement et la conservation des espaces naturels". En *Supervivencia de los Espacios Naturales*. Madrid: Casa de Velázquez y Ministerio de Agricultura, págs. 187-202.
- HAWLEY, A.H. (1989): *Ecología humana*. Madrid: Tecnos.
- HERNÁNDEZ MONTESINOS, D. (1990): "Educación Ambiental en el medio rural: una estrategia de recuperación de la inteligencia social". *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 7: 59-64.
- KÖNIG, R. (1971): *Sociología de la comunidad local*. Madrid: Euramérica.
- LEIS, H. R. (1992): "El rol educativo del ambientalismo en la política mundial". *Nueva Sociedad*, 122: 116-127.
- MARCHENA GÓMEZ, M. (Coord.) (1992): *Ocio y Turismo en los Parques Naturales andaluces*. Sevilla: Junta de Andalucía.
- MATEU GIRAL, J. (1995): "La Teoría del Desarrollo Sostenible y el objeto de la Educación Ambiental" *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 23: 53-64.
- MATHIEU, N. y JOLLIVET, M. (Dirs.) (1989): *Du rural à l'environnement. La question de la nature aujourd'hui*. Paris: A.R.F. y Ed. L'Harmattan.
- MÚGICA DE LA GUERRA, M. (1994): *Modelos de demanda paisajística y uso recreativo de los espacios naturales*. Madrid: Centro de Investigación Fernando Glez. Bernáldez.
- NEWBY, H. y SEVILLA, E. (1983): *Introducción a la sociología rural*. Madrid: Alianza Editorial.
- OJEDA RIVERA, J.F. y otros (1995): "Les espaces naturels, ces nouveaux territoires. Politiques de valorisation, perceptions, perspectives". *Strates*, 8: 93-103.
- PÉREZ AGOTE, A. (1979) *Medio ambiente e ideología en el capitalismo avanzado*. Madrid: Encuentro.
- SILVERSTEIN, M. (1991): *El factor ambiental. Su impacto en el futuro de la economía mundial*. Madrid: Pirámide.
- TAMAMES, R. (1983): *Ecología y desarrollo*. Madrid: Alianza Editorial.
- VILANOVA, S. (1986): "Tecnocracia ambientalista y ecologismo universal". *Información Ambiental*, 10: 14-17.
- WEST, P.C. y BRECHIN, S. R. (Eds.) (1991): *Resident Peoples and National Parks*. Tucson: The University of Arizona Press.
- WORLD COMMISSION ON ENVIRONMENT AND DEVELOPMENT (1987): *Our Common Future*. Oxford University Press.
- AV.AV. (1989): *Procesos socioculturales y participación*. Madrid: Popular.
- AV.AV. (1994): *Nuevas perspectivas críticas en educación*. Barcelona: Paidós.